

»No sé si al gozo de la dulce nueva
Que el alma alienta y enriquece el pecho,
De turbado y corrido el paso nueva,
Viendo que quise acometer tal hecho;
Que teniendo de ti tan cierta prueba,
Puse tu honor y el mío en tal estrecho,
Que te quise dejar, que quise irme,
A no venir del cielo a persuadirme.

»Miserio yo si acaso me ausentara
Antes que el Parainfo luz me diera
De la que encierra en sí mi Esposa cara,
Y la da hermosa a la suprema esfera;
Si otro dichoso en mi lugar entrara
Que a mi Esposa santísima sirviera;
Triste, si del tesoro verdadero
Otro viniera a ser el tesoro;

»Si Dios pusiera el serafín mas puro
En mi lugar, que mi lugar merece,
Que del jardín guardara el casto muro,
Adonde el árbol de la vida crece;
Y yo llorando triste y mal seguro
Del honor que al honor mismo engrandece,
Por ese mundo sin consuelo fuera
Donde mi Esposa y el vivir perdiera.

»Y ya que tan piadosa fué mi estrella,
Que a tal rigor no quiso someterme,
¿Con qué cara podré mirar a aquella
Que siendo tal no pudo convencerme?
¿Cómo podré mirar la lumbre bella
De la que imaginé pudo ofenderme?
¿Cómo, si della pretendí ausentarme,
Podré mirarla sin atormentarme?

»Vaya fuera el temor que me avergüenza,
Huya vencida mi desconfianza,
Mi nueva gloria al miedo helado venza,
Pues que victoria la pureza alcanza;
El mal acaba donde el bien comienza;
Muera mi pena y nazca mi esperanza;
Hallé el tesoro que perdido había;
Vuelva a su firme centro la honra mia.

»Iré a prostrarme a mi consorte amada;
Pediré perdón de la sospecha
En su preñez divina fabricada
Y en su admirable santidad deshecha;
Adoraré en mi virginal preñada
La palabra de Dios, pasible hecha;
Llegaré a ver su rostro sacrosanto,
Y yo al fin dulce deste grave canto.

CANTO XI.

De la satisfacción que dió San José a Nuestra Señora.

Quien vió de oscura, súbita borrasca,
Hinchado el mar, el aire embravecido,
Roto el navio que a morir se enfrasca,
El fiel piloto y el timon perdido,
Sahr luchando entre una y otra basca
Al venturoso, al puerto conducido,
Mire a Josef, entre sospechas muerto,
Salir del mar al descansado puerto.

El que en horrenda noche tenebrosa,
Revelado el aire y enojado el cielo,
Nubes flechando en tempestad furiosa
Piedras y rayos al rendido suelo,
Se halló perdido en sierra montuosa,
En mil peligros erizado el pelo,
Y luego se vió libre en un instante,
Mire al dichoso virginal amante.

El preso que a la muerte condenado
Se vió llevar al palo el lazo al cuello,
Y en el fiero rigor mas apretado
Besó la nueva vida en el real sello;
La madre, que lloró desafiado
De sus entrañas el pedazo bello,
Y sin pensarlo vió sano su hijo,
Miren del santo el justo regocijo.

Aquel que pleiteando su ascendencia,
Desvelado las noches y los días,
Ya gastada la hacienda y la paciencia
En tribunales y chancillerías,
Esperando dudoso la sentencia,
La sangre helada entre las venas frías,
Besó alegre la ilustre ejecutoria,
Atento mire de Josef la gloria.

El varón noble que se vió cautivo
Entre duras prisiones aberrojado
En la mazmorra turca apenas vivo,
Del bárbaro señor atormentado,
Que dando al sueño su dolor esquivo,
Por orden celestial de su abogado
Libre se halló gozando el patrio suelo,
Al justo mire que liberta el cielo.

Quien durmiendo rodó de pena en pena,
Porque el pie se le fué, y con voces mudas
Llora en imaginar que se despeña
Al abismo cruel de fieras crudas;
Y en el mayor peligro ve que sueña,
Y halla en vez de las penas mas agudas
La cama blanda que le tiene en peso,
A Josef mire de placer sin seso.

El rico mercader que saltado
Se halló de desalmados bandoleros,
El cual, después de ser deshalgado
Con fuertes manos y cobardes fieros,
Del duro roble donde quedó atado
Libre por los honrados pasajeros
Volvió alegre a gozar la rica hacienda,
Mire a Josef con su adorada prenda.

En fin el gozo del divino amante
Excedió al que del mar escapó a nado,
Al de la madre con su hallado infante,
Al del noble por noble declarado,
Al que cobró en su hacienda el mercadante,
Al del despierto en sueños despeñado,
Al que la amada patria dió al cautivo,
Al del enfermo sano y muerto vivo.

Salé Josef alegre y temeroso,
Avergonzado, humilde y encogido,
De su vano temor sale quejoso,
Y de la duda con razon corrido;
Y ante la bella luz del rostro hermoso
De la Esposa, que el cielo le ha escogido;
Enmudece cobarde y tiene alegre
Hasta ver si su esposa en él se alegre.

La Virgen bella, que conoce y sabe
Del mar revuelto la tranquila calma,
Y que tras el diluvio trujo el ave
De su victoria la gloriosa palma,
Con rostro alegre, entre risueño y grave,
En los hermosos ojos mostró el alma,
Y con gracia y amor que al cielo admira
Dice a Josef, que avergonzado mira.

«Querido dueño mío, esposo amado,
Bien de mi alma y alma de mi vida,
A quien con lazos del amor sagrado
Alegre estoy continuamente asida;
Alzad el rostro con razon turbado,
Pues si pude de vos ser ofendida,
Yo perdono la ofensa, amado esposo;
Mostradme alegre el rostro vergonzoso.

»Josef amado, bien conozco y veo
La fiera lucha de la cruel sospecha,
Trabada entre los ojos del deseo,
Y por el nuncio celestial deshecha;
Sé que no es culpa condenar por reo
Al que padece en la prisión estrecha,
Pues que se ve la pena de la culpa,
Y no la santidad que le disculpa.

»No estoy quejoso, no, sino obligada
Al grande amor y fe que me mostrastes,
Pues viendo clara la preñez sagrada,
Por malhechora no me denunciastes;
Por vos, Josef, no estoy apedreada;
La vida os debo, pues me la dejastes;
Vuestro es mi honor, pues me le dais de nuevo,
Que la vida y honor, Señor, os debo.

VIDA Y MUERTE DEL PATRIARCA SAN JOSEF, CANTO XI.

»Y si ya por ventura estáis quejoso
De que no os dije el celestial misterio,
De que al Eterno y Todopoderoso
Bajó el amor al libre captiverio;
Como escondió la luz del sol hermoso,
Cómo abrevió al que rige el trino imperio
Al secreto de Dios, quien se atreviera
Si él no mandara, que os le descubriera?

»Alzad los ojos con que ven los míos,
Gocen alegres de su luz serena,
Si no quereis que, vueltos en dos rios,
Lloren dos veces la pasada pena;
Huyan deshechos los temores frios;
Dadme del nuevo bien la enhorabuena;
Que yo os la doy de ver que Dios reposa
Dentro de vuestra casa y vuestra esposa.

»Escogido de Dios, amado justo,
Alzad del suelo los humildes ojos,
Ponedlos en quien siempre tiene gusto
De hacerse sin daros nunca enojos;
No turbe mi placer vuestro disgusto;
Al rostro vuelva los colores rojos
El corazón y al mío su alegría,
Pues sois, Josef, el alma de la mia.

»Muchas veces, Señor, el cielo ordena
Sospeche el justo y dude el mas amigo
Para que libre de la duda y pena,
De la verdad desnuda sea testigo;
Y así, el infante que mi vientre llena
Quiso que vos, que siempre estáis conmigo,
Ludásedes del caso sin segundo,
Porque, vos satisfecho, lo esté el mundo.

»Si Dios, noble Señor, no os revelara
El misterio divino, ¿qué hombre hubiera
De tal valor y de virtud tan rara
Que ser en daño suyo no creyera?
¿Quién, amado Josef, la preñez clara
A la duda cruel no se rindiera,
Creyendo de su honor injusto agravio?
¿Quién sino solo el que es tan justo y sabio?

»Si la preñez divina conocistes,
Y solamente viéndola dudastes,
Si del honor ofensa no creyistes,
Y combatido no os determinastes,
Con vuestro Dios mas premio merecistes,
Y mas amor conmigo granjeastes;
De nuevo me obligastes a quereros,
A amaros mas y mas obedeceros.

»Amado mío, levantad del suelo;
¿Para qué así prostrais vuestras rodillas,
Si no es que ya adorais en mortal velo
Al que repará las excelsas sillas?
Mirad, Josef, que ya os revela el cielo
La gloria de sus altas maravillas;
Gozad alegre el bien que el cielo ofrece,
La pena mengüe, pues la gloria crece.

»Tras aquesto la candida paloma,
Con las nevadas manos de jazmines
Las de su dueño venturoso toma,
Admirando los bellos seralines;
El a las luces donde el sol se asoma,
Que alegran de los cielos los jardines,
Se atrevió entre el temor y regocijo
Y entre alegre y turbado, humilde dijo:

«Hermosa luz, que vence la del día,
Terrible es el lugar que indigno piso;
Dios está en él, y yo no lo sabia,
Ni que hizo vuestro vientre paraíso;
Casa de Dios es ya la casa mia,
Puerta del cielo hacer mi casa quiso,
Hizo su madre mi adorada bella
Su esposo a quien no pudo merecilla.

»¿Quién el vientre santísimo mirara
Que, triste, no dudara ó no temiera?
¿Quién, oh Virgen hermosa, imaginara
Que a tanta dignidad Dios me subiera?
Si en mí hubo culpa, yo la digo clara,
Y fué, pues creer antes debiera
Que era posible concebir sin padre,
Y siendo virgen, ser virgen y madre.

»Antes, Esposa amada, creer debía
Que habiendo de abreviarse el infinito,
Y ser mortal el que los cielos cria,
Como en las letras santas está escrito,
Que solo el pecho de escogor había
Lleno de gracia, ajeno de delito,
Pues sola a vos, ¡oh Virgen soberana!
El agro no alcanzó de la manzana.

»Crear debía, Reina de hermosura,
Que vistiéndose Dios de mortal velo,
Había de ser de la mujer mas pura,
Que miró el sol jamás ni gozó el suelo;
Y si de la mas santa, ¿qué criatura
Cual vos hizo ventaja a las del cielo?
Si mujer, ¿qué mejor? Y si doncella,
¿Quién mas pura, mas santa, casta y bella?

»Si ha de nacer el que es Verbo del Padre,
¿De quién, sino de vos, nacer debía,
Pues quiso, Virgen, que a vos sola cuadre
Ser la criadora del Criador que os cria?
Y si una virgen tiene de ser madre,
¿De quién, sino de Dios, serlo podría,
Pues puede hacer, la integridad guardada,
Que, quedando doncella, estéis preñada?

»Y si yo os conocí por la mas buena,
¿Cómo pude dudar de vuestra vida?
¿Cómo a los rayos de esa luz serena
No se deshizo el alma endurecida?
Y cómo estando, Virgen, de Dios llena,
La sospecha no huyó desvanecida?
¿Cómo pudo atreverse a bondad tanta
A la mujer mas buena, honesta y santa?

»Bastara ver el resplandor hermoso
De la luz bella de esa hermosa cara,
Que excede al del caudillo venturoso
Que hizo el peñasco fuente con la vara;
Pues si él bajó del monte tan glorioso,
Que al pueblo deslumbro su lumbre clara,
Porque vió a Dios en la sagrada cumbre,
¿Vos traéis en vos al que es lumbre de lumbre.

»Bastara ver, ¡oh angélica criatura!
Los resplandores de la gloria nueva,
Pues aumentó el Señor vuestra hermosura,
Que al cielo admira y a la tierra eleva;
Que si a la viuda hermosa que procura
Que a Betulia el contrario no se atreva,
Aumentó Dios la gracia y la belleza,
En vos puso su gloria y su grandeza.

»Y bien me acuerdo, ¡oh soberana Esposa!
Que vi de vuestro rostro la mudanza,
Pues miré atento de esa luz hermosa
Rayos de gloria y bienaventuranza;
Temió el alma entre alegre y temerosa,
Y la vista, que en veros gloria alcanza,
Se deslumbro, como el que atento mira
Al rubio sol que flechas de oro tira.

»Mi grave culpa y mi ignorancia veo,
Pidoos perdón, y bien sé que le pido
A quien tiene de darmele deseo,
Por verme de mi culpa arrepentido;
Vuelva a la gloria de mi rico empleo,
Vuelva de vos a ser favorecido;
Sirva por pena de mi culpa grave
La que triste pasé y el cielo sabe.

»El sabe, Esposa bienaventurada,
Que nunca consentí en ofensa vuestra,
Y aunque padeció el alma atribulada,
Nunca creí de vos cosa siniestra;
Triste miraba la preñez sagrada,
Que daba de su aumento clara muestra,
Y nunca consentí en que había pecado
En el divino celestial preñado.

»Siempre creí, bellísima escogida,
Que era vuestra pureza sin ejemplo;
Tuve por inculpable vuestra vida,
Que ya por mas de ángel la contemplo;
Siempre de Dios os vi favorecida,
Y fué, pues creer antes debiera
Siempre os imaginé de gracia llena,
La criatura mas santa y la mas buena.

»Siempre, Virgen, creí lo que ahora veo,
Y siempre vi, si es ya que verse puede,
Lo que me dijo el celestial correo,
Que a su grande bondad la vuestra excede;
Siempre indigno me hallé del rico empleo,
Con que hace Dios que enriquecido quede;
Siempre me hallé, seráfica Maria,
Indigno de tan santa compañía.

»Nunca al fiero rigor de la tormenta
De la duda cruel mas combatido,
Cuando ella crece y la preñez se aumenta
Y aflige al alma el mas noble sentido;
En la guerra del pecho mas sangrienta
El corazón que os ama vi rendido;
No consintió jamás ni creyó cosa
Contra vuestra pureza milagrosa.

»Con todo, miro cuán grosero anduve,
Pues del favor y dignidad divina,
A la cual justamente el cielo os sube,
No creí que érais sola la mas dina;
Mi ignorancia formó una espesa nube,
Sirvió á la flaca vista de cortina,
Solo vi mi dolor, vi mi sospecha,
El corazón turbado, el alma estrecha.

»Mas ya que miro, bella Virgen pura,
Que á la oración de vuestro ardiente ruego
Bajo del cielo la inmortal criatura
A dar luz nueva á un ignorante ciego;
Ya que el arcángel bello me asegura,
Y lo está el alma del desasosiego,
Dad, Virgen, el perdón á mi ignorancia,
Mengüe mi daño y crezca mi ganancia.

»Dejad que goce, sin igual doncella,
Del bien que vos me haceis y el cielo envía,
Dejad, pues tan piadosa fué mi estrella,
Que me hizo esposo de la Reina mia,
Que goce alegre de la lumbre bella,
Que el sol adora y enamora al día,
Goce libre del mar el dulce puerto,
El ciego cobre vista y vida el muerto.

»Y entre tanto, divino huésped mio,
Que rompiendo el alcázar estrellado,
Y estrecho vuestro eterno poderio,
Os hospedais en este pecho amado,
Hospedaos en el alma que os envío;
Mas en ella, Señor, os veo hospedado,
Pues es mi alma mi adorada Esposa,
Vuestra escogida y mi querida hermosa.

»Unicornio divino, que deciede
Al gremio virginal de la pureza,
Adonde vuestro amor de amor os prende
Por bien de la mortal naturaleza,
Amansad el rigor, pues que os enciende
De amor la Virgen de mayor belleza,
Virgen, Señor, que supo enamoraros,
Y en su vientre santísimo cazaros.

»Abi encerrado la Deidad adoro,
Que con rayos de gloria sempiterna
Da luz gloriosa al mas supremo coro,
Su venturosa dicha haciendo eterna;
Abi envuelto entre grana, nieve y oro,
Vuestra grandeza miro humilde y tierna,
Pues sé que sois, aunque hombre verdadero,
De las eternidades heredero.

»Piedra preciosa, rica, aunque pequeña,
Que cortada sin manos bajó al suelo
Del alto monte y encumbrada peña
A dar venganza de la estatua al cielo,
Piedra angular, cuya firmeza enseña
Que, aunque os repruebe el inhumano celo,
Sois la mejor de cuanto se edifica,
Pues estáis de ojos llena y de aguas rica:

»Fuerte y bravo leon domesticado,
Mas manso y mas humilde que el cordero,
Que ante el desquilador preso y atado,
No bala, viendo el sacrificio fiero;
Cordero, que á quitar viene el pecado,
Haciendo al desterrado su heredero;
Cordero cuya sangre es importante
Para ablandar los cielos de diamante:

»Pájaro real, que del seguro nido,
Del pecho paternal que estais gozando,
Estando á él eternamente unido,
Y al serafín mas puro enamorado,
Os cazó amor, y os trae de amor herido
A la aljaba que estais santificando;
Pájaro, cuya sangre derramada
Del vivo hañará la pluma amada:

»Sol de justicia, que en la nube roja
De la real sangre de la Esposa mia
Quereis que vuestra eterna luz se encoja,
Por dar la paga al Padre que os envía;
Sol, que os parais á la mortal congoja,
Y haceis por Josué mayor el día,
Y en el signo de Virgo ya mas manso
Buscais para los hombres el descanso:

»Tesoro eterno, que en la fértil vena
De la sacerdotal tierra sagrada
Estais haciendo su bondad mas buena,
Vistiéndoo su pureza inmaculada;
Precio que ha de pagar la culpa ajena
Y rescatar la gente encarcelada;
Precio que ha de correr en un madero
Para pagar la deuda del primero:

»Buen pastor, que en la pobre humilde choza
Os encerrais por una oveja aleye,
Y sin dejar la gloria del que os goza,
Bajais, dejando las noventa y nueve;
Pastor, que al fiero lobo, que destroza
El ganado, que en charcos turbios bebe,
Habeis de asir, y en vuestro fiel cayado
Ha de quedar muriendo vos clavado:

»Vid verdadera de la tierra santa,
Que el Padre eterno, agricultor divino,
Dichosamente en mi heredad trasplanta,
Enriqueciendo el vientre alabastrino;
Vid, cuyo fruto es dulce á la garganta
De la Esposa que aguarda el dulce vino;
Vid, que por una viña su enemiga
Le hará dar fruto una pesada viga:

»Rey disfrazado entre el sayal grosero,
Aunque sentado en trono mas glorioso
Que el que hizo de David el heredero,
De cándido mástil, terso y hermoso;
Rey soberano en traje de pechero,
Por hacer al pechero venturoso,
Eterno rey en forma de su esclavo
Para borrar de Adán la ese y clavo:

»Humilde peregrino, que camina
A la visita de la tierra santa,
Con el brial cubierto y la esclavina
Del sayal pobre de la rica infanta;
Peregrino de gracia peregrina,
Que en el castillo que al infierno espanta
Os hospedais para que meses nueve
Una hermana os regale, otra se eleve:

»Agua viva, que nace eternamente
De aquella fuente viva sempiterna,
Ya repesada en la sellada fuente,
Do amor estanca su corriente eterna;
Agua que se destila suavemente
Sobra el blanco vellon de la piel tierna,
Agua que ha de lavar nuestro pecado
Y ha de beber sediento el fiel ganado:

»Gigante, que con gozo y alegría
Hicistes la carrera deseada,
Y saliendo del Padre que os envía,
La humildad escogistes que os agrada;
Gigante, cuya eterna valentía
Está en flaqueza humana disfrazada,
Gigante, que en el puño el orbe tiene,
Y el mas humilde de los hombres viene:

»Perulero de gloria enriquecido,
Que de las bellas Indias orientales
El tesoro precioso habeis traído,
Que enriquece los coros celestiales;
Indiano que en el puerto habeis surgido
De las puras entrañas virginales
A enriquecer del hombre la pobreza
Y á dar á Dios por él suma riqueza:

»Mercader diligente, que procura,
Aunque la costa y paga sea infinita,
Que habeis de hacer por mares de amargura
Encontrar la preciosa margarita;
Mercader, que en sus tratos asegura
Ciento por uno al que lo solicita,
Y en la cruz, por pagar mejor, alzado,
Pagarcís á los cielos de contado:

»Esposo virginal, que descendistes
Al tálamo real del vientre estrecho,
Donde en vínculo eterno á vos ubistes
La Esposa, que por vos no dejó el techo;
Esposo fiel, que de los ascos tristes
La levantaiis á vuestro eterno pecho;
Esposo bello, que de amor herido,
Quereis morir por la que os ha ofendido:

»Inaccesible Dios y niño humano,
Justiciero Señor y tierno infante,
Dios que padece, hombre soberano,
Cera al amor y en el amor diamante,
Rico hecho pobre, rey hecho aldeano,
Pequeño niño, sin igual gigante,
Fuerte que llora y infinito estrecho,
Y en fin, Dios hombre, por los hombres hecho:

»Adoro, Dios, vuestra deidad sagrada,
Reconozco, Señor, vuestra grandeza,
Reverencio la gloria disfrazada
Con el velo mortal de mi flaqueza;
La palabra de Dios miro abreviada,
Miro pasible ya su fortaleza,
Miro mi Esposa, que es doncella y madre,
Y que es su hijo el del Eterno Padre:

»Y vos, Virgen y madre venturosa,
Madre de Dios, la dignidad mas alta,
Que os pudo dar la mano poderosa,
Pues que ser Dios es solo lo que os falta;
Virgen, mas que los ángeles hermosa,
Pues en ellos sabemos que halló falta,
Y sin ella os formó con tal aviso,
Que os hizo de su gloria paraíso:

»Barca divina, soberana nave,
Que de lejos traéis al hombre hambriento
El pan al mismo Dios dulce y suave,
Que es de los bellos ángeles sustento;
Arca de cedro y oro, que en sí cabe
Al que le viene angosto el firmamento,
Arca, que el maná eterno dentro guarda,
Arca contra la lluvia oscura y parda:

»Horno de amor donde se está guisando
El inocente cándido cordero,
Agora en leche al Padre enamorando,
Y con clavos después en un madero;
Oliva que está á Dios pacificando
Con el fruto que sana del primero,
Unguento derramado en su fiel nombre,
Que hace misericordias con el hombre:

»Vaso divino, mas que el cristal puro,
Donde Dios puso el balsemo precioso
Contra la herida del serpiente duro,
Que derramó el veneno ponzoñoso;
Ciudad de Dios, cuyo sagrado muro
Cerca al eterno Todopoderoso;
Ciudad de Dios, cuya cerrada puerta
Pasó el Rey solo sin dejarla abierta:

»Huerto cerrado de inmortal frescura,
Adonde crece el árbol de la vida,
Que en el color de vuestra sangre pura
Su fruta eterna se verá teñida;
Jardín de amor y parque de hermosura,
Donde la flor del campo está escondida,
Bello jardín, cuyo clavel y rosa
Viste del Padre la palabra hermosa:

»Libro de oro de amor iluminado,
De letra por el mismo Dios dorada,
Libro divino donde está encerrado
El libro de la vida deseada;
Libro en que Dios y el hombre encuadernado,
Viene á ser Dios la letra colorada,
Libro siempre sellado, en que se escribe
La gran generacion del que en él vive:

»Casa que para sí traza y ordena
La eterna y inmortal sabiduría,
Ya de la majestad gloriosa llena,
La niebla vuelta en resplandor del día;
Casa del sol, donde su luz serena
Piadosas influencias causa y cria;
Casa de recreacion donde se hospeda
El que del cielo parte y allá queda:

»Nácar hermoso, en cuya concha pura
De los rayos del sol siempre engendrada,
Crece la perla rica que procura
Ver Adán en vinagre desatada;
Nácar de cuya cándida hermosura
La perla saldrá blanca y encarnada,
Para ser precio del cautivo y preso
Por culpas que resultan del proceso:

»Muralla blanca del monton de frigo,
Templo en quien Dios al mismo Dios se ofrece,
Zarza verde que el fuego trae consigo,
Vara que vela, vara que florece;
Barca en quien libra Dios al pueblo amigo,
Arca de cedro donde el maná crece,
Escala hermosa donde Dios estriba,
Huerto cerrado, fuente de agua viva:

»Arco bello, que paz nos asegura,
Nube que viste al sol de nieve y grana,
Bellón con el rocío de hermosura,
Cantera de la piedra soberana,
Arbol contra la fruta acerba y dura,
Estrella celestial de la mañana,
Espejo claro donde Dios se mira,
Virgen que engendra á Dios y al cielo admira:

»¿Quién, Virgen, como pudo conoceros
Pudiera como debe regalaros,
Pues ninguno, Señora, llegó á veros
Que eternamente deje de adoraros!
¿Quién si algun tiempo comenzó á quereros
En alguno podrá dejar de amaros?
¿Y quién podrá, Señora, persuadirnos
Que de rodillas me dejeis servirnos?

»¿Oh, quién del serafín mas levantado
El encendido espíritu tuviera
Para gozar del bien que Dios me ha dado,
Y como debo humilde le sirviera!
¿Quién de tanta bondad fuera dotado
Que serviros cual debe mereciera,
Y quién supiera ¡oh Reina de alegría!
Con el alma servir al alma mia!

»El que encerrais en vuestro pecho hermoso
Y no hizo horror de entrar en vuestro seno
Para ser como debo vuestro esposo,
Me deje el corazón de su amor lleno;
Pues para ser cual soy tan venturoso,
Ninguno había de ser, Virgen, mas bueno,
Ninguno había de ser mas justo y santo,
Y soy tan malo que de mí me espanto.

»Pedidle que me dé lo que me falta,
Lo que ve que me cumple y yo deseo,
Porque para una dignidad tan alta
Mi mucha indignidad conozco y veo;
Supla su gran favor mi grande falta,
Que humilde y bajamente de mí creo.
Pues no merezco de esas prendas bellas
Poner mi boca en las divinas huellas.

»Dios en mi casa! Dios en mi Maria!
Dios disfrazado en el humano velo!
¿Que Dios es hijo de la esposa mia!
¿Aquesta pobre casa es corte y cielo!
¿Padre de Dios llamarme yo podría!
¿Y ser del niño Dios guarda y consuelo!
¿Que me ha de respetar como á su padre!
¿Que soy amparo del y de su madre!

»Con estos ojos tengo de mirarle!
En estos brazos tengo de traerle!
Con estas manos he de sustentarle!
En este pecho tengo de tenerle!
Como á mi hijo tengo de mandarle!
Por menor mio tengo de tenerle!
Que he de tener de Dios al hijo amado
En mi casa, á mi mesa y á mi lado!

»Cómo al favor de la merced que toco
La vida amada de placer no pierdo!
Juicio debo de tener bien poco.
Pues con tal dignidad de mí me acuerdo;
Si fuera cuerdo ya estuviera loco.
Loco debo de ser pues estoy cuerdo.
Que en la merced que el cielo me asegura,
No tener seso es la mayor cordura.

»Dadme la suficiencia, Niño hermoso,
Para la dignidad que no merezco;
Dadme bondad para ser digno esposo
De mi Señora, á quien el alma ofrezco;
Y pues me dáis un nombre tan honroso,
Que en él á vuestro padre me parezco.
Para que en él os sirva como debo,
Dadme nuevo favor y valor nuevo.

»Dadme del querubín mas encumbrado
Para servirlos la sabiduría;
Dadme del serafín mas abrasado
El grande amor que en él el vuestro cria;
Dadme, pues el oficio me habéis dado,
Lo que veis que desea el alma mia
Para agradaros, Niño, como es justo.
Serviros siempre y siempre daros gusto.

»Y vosotros, espíritus gloriosos,
Que sois de guarda desta humilde casa,
Gozando de los rayos siempre hermosos
Del sol eterno, que os la da sin tasa,
Pues sois mis compañeros venturosos,
Y un deseo justo á todos nos abrasa
De acertar á servir al Niño fuerte,
Pues mejor lo sabéis, haced que acierte.

»Pues sabéis, cortesanos celestiales,
Que todos somos unos desde el día
Que encerró Dios sus rayos inmortales
En el virgineo vientre de María,
Para servir á las personas reales,
Al Niño Dios y á la adorada mia,
Me dad vuestro favor, y juntos todos
Lo procuremos por diversos modos.

»Llenad el suelo pobre de rubies,
De jacintos, carbunclos y esmeraldas;
De perlas y oro los zaquizamies,
Con piñas de diamantes y guirnaldas;
Las paredes de rosas y alhelies,
Hechos de nácar y oro atavialdas,
Traed del alba el oriental tesoro,
Los rios de plata, los mineros de oro.

»Traed, enamorados serafines,
Las flores entre todas mas hermosas,
Despojad á los mas bellos jardines
De azahares blancos y encarnadas rosas,
De alhelies pajizos, de jazmines,
De lirios y azucenas olorosas,
De rosados claveles y mosquetas,
De narcisos, de acantos y violetas.

»Mas ¡qué digo! hajad de vuestro cielo
Las estrellas de luz mas encendida;
Dellas enladrillad el pobre suelo
Que pisa alegre el alma de mi vida,
Presté la luna de su blanco velo,
Pues nunca se habrá visto mas crecida,
Dénos el rubio sol sus rayos rojos,
Que todo lo merecen estos ojos.

»Mas ¡pobre yo! que necio desvario
Me lleva á desear lo que poseo,
Pues donde vos estáis ¡oh Niño mio!
El cielo adoro y sus riquezas veo;
Sois del tesoro eterno eterno rio,
Sois la justa medida del deseo,
Con vos lleváis el cielo ¡oh Niño hermoso!
Que es donde vos estáis lugar glorioso.

»Si puede hacer el rey corte la aldea,
Porque es corte el lugar que el rey habita,
¿Que mucho que esta casa cielo sea
Si goza Dios vuestra deida infinita?
Los tesoros que el alma ver desea,
Cuanto para agradaros solicita,
Lo tiene, Niño, por mas alto modo,
Pues teniéndos á vos lo tiene todo.

»Y entre tanto, divinos cortesanos,
Que á servir á mi Esposa habéis venido,
Y gozáis los favores soberanos
Del Dios que estáis mirando, aunque escondido,
Enderezad mis piés, moved mis manos,
Como entendeis será mejor servido,
Y pues sabéis del Niño Dios el gusto,
Procurad que le acierte como es justo.

»Regalad á mi Esposa soberana,
Servid á la que es gloria de mi vida,
Que su gracia y belleza mas que humana
De vosotros merece ser servida;
Que yo con pecho alegre y alma ufana
Procuraré ganarle la comida
A costa del sudor del rostro mio,
Que ha de envidiar el oriental rocío.

En esto la santísima Señora,
Cuya hermosa belleza al cielo espanta,
Con sus luces doradas le enamora,
Y con sus blancas manos le levanta;
El al Niño encerrado humilde adora,
Y reverencia su adorada santa;
Absorto queda si á su esposa mira,
Y el Niño Dios en ella mas le admira.

Del misterio divino satisfecho
Por el nuncio de Dios á él enviado,
Recibe por mujer en lazo estrecho
A quien habia la fe de esposo dado,
Y conforme á las leyes del derecho
Fué el santo matrimonio celebrado,
Siendo perpetuo y firme eternamente,
Segun las ceremonias de su gente.

Y celebrando las solemnes bodas,
Púsoles el amor el casto velo;
Quedan alegres las criaturas todas,
Que el cielo encierra y que sustenta el suelo;
El que el Coloso insigne tiene en Rodas,
El suelo enriqueció y alumbró el cielo;
Renuevan luego el casto voto amado
Sin condicion y en mas perfecto grado.

El fiel Josef con el sudor dichoso
Gana el sustento de su Esposa bella,
Y al virginal y bien nacido Esposo
Sirve y regala enamorada ella;
El vive de su gusto cuidadoso;
Tienele en él la sin igual doncella:
En esto y contemplar el Niño santo
Pasan el tiempo, y yo al siguiente canto.

CANTO XII.

Del trabajo de San Josef, y el edicto de César Augusto.

El rey Amásis, que lo fué de Egipto,
Viendo la ociosidad del reino, un día
Mandó por general público edicto
Que de la gente que en su reino habia
Ante su presidente fuese escrito
De cada uno el oficio que tenia,
Para que el ocio infame desterrado,
Fuese el útil trabajo mas honrado.

Y antes que aqueste sabio rey naciese,
Fué costumbre en Egipto celebrada
Que si ciertos estadios no corriese
La juventud do fuese ejercitada,
Ni el sustento ordinario se les diese,
Ni la acogida de su casa amada,
A los gimnosofistas imitando,
Que no comían sino trabajando.

Los espartanos, gente de la Grecia,
Destierra á sus hijuelos en su infancia,
Y cual gente sin fruto los desprecia,
Hasta que al bien comun son de importancia;
Y cuando vuelven los estima y precia,
Sabiedo oficio de honra y de ganancia,
Con que trabajen en la patria amada,
La ociosidad venciendo descuidada.

VIDA Y MUERTE DEL PATRIARCA SAN JOSEF, CANTO XII.

Y entre las leyes de justicia llenas
Del gran Dracon, legislador famoso,
Fué la que ilustró mas la sabia Atenas
La que condena al ciudadano ocioso:
Decretos justos y costumbres buenas
En favor del trabajo provechoso
Contra la ociosidad desmazalada,
Que ofende al cielo y á la tierra enfada.

Con dotar Dios de soberano aviso
A la cabeza del mortal linaje,
Con darle por morada el paraíso,
Quiere que en él para su bien trabaje;
Y el mismo eterno Dios trabajar quiso,
Pues de las letras santas es lenguaje
Que descansó en el seteno día
De la labor que hecho en seis habia.

Y él hace cargo á la bestial Sodoma
De la soberbia vana y ocio infame,
De donde fuerzas la torpeza toma,
Haciendo el aire gima y fuego brame;
Y á la arrogante vencedora Roma
Este vicio sabemos que la infame,
Pues vencida Cartago fué vencida,
Mas que Cartago infame y abatida.

Con la grosera piel y tosca abarca
No guardaba ganado el joven santo
Que crió de Egipto el general monarca
Cuando la zarza vió lleno de espanto?
Y el que el Niño quitó á la hambrienta Parca,
Volviendo de la viuda en gozo el llanto,
¿La reja del arado no seguia
Cuando salió á doblada profecía?

David en los trabajos de la guerra
Fué de virtud dignísimo dechado,
Y en el descanso y ocio de su tierra,
Cautiva el alma se quedó enterrado;
Y su hijo sabio, en quien el cielo encierra
El saber sobre todos celebrado,
No idolatró cuando ocupado estaba,
Sino en la ociosidad que la honra acaba.

¿Cuándo la madre tierna estuvo ociosa
Desentrañada en el mortal provecho?
Cuándo al trabajo no acudió piadosa
Abriendo por el hombre el franco pecho?
Cuándo no corren á la mar furiosa
Los raudos rios á pagarle pecho?
Cuándo el aire inquieto estuvo ocioso,
O fué el activo fuego pereñoso?

¿Cuándo del cielo las esferas bellas
Pararon su continuo movimiento?
Cuándo el sol, que da luz á todas ellas,
Paró el curso en su cuarto hermoso asiento?
Cuándo la variedad de las estrellas
Dejó de obedecer al firmamento?
Cuándo la blanca con la luz ajena
Estuvo ociosa por hallarse llena?

¿Cuándo en aquel alcázar sacrosanto,
Donde entre olorosos altares,
Llenos de gloria y admirable espanto
Cantan á Dios dignísimos cantares,
Gesó jamás el santo, santo, santo
Que repiten millares de millares?
Y cuando Dios en su profundo abismo
Gesó en la eterna gloria de sí mismo?

El agua rebalsada luego ofende,
La tierra no labrada se marchita,
El fuego muere, muerto lo que enciende,
La vida el aire detenido quita;
El oro entre la mina no se entiende,
Perece la ciudad que no se habita,
El soldado holgazán se hace cobarde,
Y el que trabaja mas muere mas tarde.

El sabio al perezoso envia á la hormiga,
Y yo al ocioso á la sutil abeja,
Esta, que con solícita fatiga
De su dulce trabajo el fruto deja,
Aquella, que en el silo y eneva amiga
Contra el airado invierno se apareja,
La una y otra siempre trabajando,
Las leyes justas de su autor guardando.

Y él mismo escribe el loco desvario
Del holgazán ocioso que abrigado,
Huyendo del rigor del yerto frio,
Alza la mano del precioso arado,
Y despues, cuando el fruto da el estío,
Se halla el necio con razon burlado,
Que pobreza y pereza juntas moran,
Juntas militan y conformes lloran.

Hace mayor el número el ocioso,
Siéntase el miserable en la medida,
Y en daño ajeno siempre malicioso
Come de balde el pan que le da vida;
Roto, baldío, necio y perezoso,
Sigue la escuadra de Murcea perdida,
Y de Sibaris hecho ciudadano,
Llora el invierno lo que holgó el verano.

Es el trabajo puerta de la honra,
Muerte del vicio, de la virtud vida,
Es padre de la fama en quien se honra
Y senda de la patria prometida;
El ocio es puerta vil de la deshonra,
Padre de la malicia carcomida,
Sepulcro feo del que en sí convierte
Del vicio vida, de la virtud muerte.

El perezoso que su ser ultraja
Cosecha espera sin haber sembrado;
Mas el que come de lo que trabaja
Dice David que es bienaventurado;
¿Quién halló de los hombres la ventaja,
Sino el trabajo, con razon honrado,
Que es quien despues de Dios sustenta el suelo
Y puede osado conquistar el cielo?

¿O Josef justo y celestial María,
El uno, y otro digno descendiente
De la real ilustre monarquía
De lo escogido de la antigua gente!
¿Quién de tan cuerda y santa compañía
Viera vuestro trabajo diligente,
De la holgazana ociosidad triunfando
Y el tesoro del tiempo aprovechando!

Hace Josef que la madera cruja,
Quejosa de la sierra que la ofende;
Su Esposa diestra en la sutil aguja
El blanco lienzo con destreza hiende;
Labrando en él con tal primor dibuja,
Que Minerva admirada della aprende,
Y atenta mas que con Aragne brava
Su gracia admira y su labor alaba.

Alza los ojos la doncella hermosa,
Y ve á Josef, que trabajando suda,
Y con su luz alegre y amorosa
Divinamente á su querido ayuda:
El vuelve á ver á su adorada Esposa,
Y descansa en la gloria de su ayuda;
Porque le dan los ojos soberanos
Al alma gusto y fuerzas á las manos.

Rompe gozoso con la aguda sierra
El madero cruel, que se resiste,
Baña con el sudor la amada tierra,
Que alegremente del se adorna y viste;
Tiende los rayos la que á Dios encierra,
Y al amado Josef gozosa embiste,
Su rostro enjuga, y el sudor que vierte
En aljófar y perlas le convierte.

Del escuadron angelico, que mira
La dicha grande del varon glorioso,
Cuál dellos de la sierra alegre tira
Para ayudar al bien nacido Esposo;
Cuál del enamorado en él se admira,
Limpiándole el sudor del rostro hermoso,
Y cuál pretende ser su compañero
Sirviendo de oficial de carpintero.

Cuál el madero para aserrar tiene,
Cuál le sirve el escoplo ó el cepillo,
Cuál del cuarton cargado humilde viene,
Cuál le da el cartabon, cuál el martillo,
Cuál en coger astillas se entretiene,
Llenando humildemente el esportillo,
Cuál acepilla, cuál asierra ó clava,
Y cuál la dicha de Josef alaba.

Cuál, que al justo varon cansado via,
Le quita del trabajo fatigado,
Cuál cortesmente con Josef porfia
Para acabar lo que él ha comenzado;
Cuál le canta canciones de alegría
Y le entretiene en el trabajo amado,
Y todos llenos de amoroso gusto
Sirven al noble Esposo y varon justo.

Josef contempla con placer sin tasa
El gusto de los nuevos oficiales,
Cómo le sirven en su humilde casa,
Siendo de Dios ministros celestiales;
Contempla cómo el niño los abraza
Dentro de las entrañas virginales,
Cómo encerrado allí dél se enamoran,
Cómo le reverencian y le adoran.

Luego vuelve á mirar las luces bellas
De la divina virginal Esposa;
Parécenle del cielo dos estrellas,
A quien da el Niño sol su luz hermosa;
Mira que el resplandor que sale dellas
Da nueva gracia á su jazmin y rosa,
Haciendo mas hermosa su hermosura
Y su pureza virginal mas pura.

Mira al inaccesible ya humanado,
Al todo poderoso ve rendido,
Al que es incircunscripto ve cercado,
Y al que es incomprendible comprendido;
Al infinito mira ya abreviado,
Al inmenso Señor mira medido,
Temporal al eterno, flaco al fuerte,
La eterna vida ve sujeta á muerte.

Al ser humano mira levantado,
Con lazo inseparable á Dios asido,
Sobre todos los cielos encumbrado
Y estrechamente á la Deidad unido;
Mira infinito al que era limitado,
Mira al humilde al ser de Dios subido,
Al temporal eterno, al flaco fuerte,
La vida humana reina de la muerte.

Entre ejercicios de la vida activa
En que á su Esposa regalar pretende,
Abraza alegre la contemplativa,
Que el pecho casto blandamente enciende;
Mira que es de las dos estampa viva
Su Esposa, de quien sabiamente aprende
A ser de Dios regaladora Marta,
Y la que nunca de sus pies se aparta.

Gozosamente gana la comida
Para el sustento de la real doncella,
Y á su trabajo siempre agradecida,
Alegre le regala y sirve ella;
El quiere á costa de su propia vida
Dar gusto y regalar su Esposa bella,
Y ella con rostro entre risueño y grave
Le sirve alegre lo mejor que sabe.

Con lo que puede de Josef el arte
Sustenta á la que es justo al mundo asombre;
Ella lo come, y luego lo reparte
Con el niño, que tiene de Dios nombre,
Y así, Josef alcanza á tener parte
En la preciosa redención del hombre,
Pues que con el sustento el Niño crece,
Que él da á su Esposa, y ella al Niño ofrece.

Josef sudando la comida gana,
Y dála á la que el cielo le da en suerte;
Come la doncella soberana,
Y con ella sustenta al Niño fuerte;
El aumentando su niñez humana,
En su propia sustancia la convierte,
Volviendo sangre, que ha de darnos vida,
El sudor que Josef hizo comida.

Josef con el trabajo de sus manos
Da de comer á la que á Dios sustenta;
La Virgen con los ojos soberanos
Gozo, gusto y descanso en él aumenta;
Admiranse los bellos cortesanos
De que Josef su Príncipe alimenta;
Pásmanse en ver con cuán piadoso celo
Sustenta alegre al que sustenta al cielo.

La Virgen bella derramando risa,
Llena de Dios y de sus gracias llena,
Gozosamente la comida guisa
Para el que siempre se la ha dado buena;
Josef, al resplandor que se divisa
Entre los rayos de su luz serena,
Se pasma, y mas en ver que le regala
La que el mas puro Serafin no iguala.

El vientre virginal se va aumentando,
Porque le aumenta el Niño que en él crece,
Que el tiempo deseado va llegando
Al que ha cinco mil años que padece;
Josef lleno de gozo espera el cuándo
Ha de gozar el bien que le enriquece;
En continua oracion el tiempo gasta
Y en servir á su Esposa siempre casta.

El bético clarín el aire altera;
Suena el píforo real, suena la caja,
Tremola al aire la imperial bandera,
Y en confuso tropel el pueblo baja;
En la plaza mayor suspensa espera
La gente noble, la plebeya y baja,
Cada cual varias cosas maquinando
Hasta saber del atambor el bando.

El vulgo monstruo de cabezas varias
En varias opiniones se divide,
Contrarias unas de otras, y contrarias
A lo que el César por su edicto pide;
Hechas las prevenciones ordinarias
Para el pregon que el necio vulgo impide,
Sonó la voz, y en un silencio mudo
Al confuso rumor convertir pudo.

El invencible emperador de Roma,
Segundo César, y primero Augusto,
Señor del orbe en cuanto el cielo toma
Desde el helado clima al clima adusto;
Aquel que todo el mundo oprime y doma
Por valeroso y fuerte, sabio y justo,
El que las puertas del bifronte Jano
Doce años há cerró su sacra mano;

Manda por su imperial público edito,
Movido de un honrado y justo celo,
Pues se extiende y dilata su distrito
En cuanto ciñe el mar y mira el cielo,
Que cada cual parezca á ser escrito
Al solar propio, al proprio patrio suelo
Donde está de su estirpe la cabeza
Y tuvo origen su naturaleza.

Parezcan los egipcios, liciones,
Lidios, armenios, sirios, africanos,
Griegos, Arabes, Tracios, Esclavones,
Dalmacios, atenienses, transilvanos,
Numidas, albaneses, macedones,
Tártaros, scitas, Libios, Georgianos,
Búlgaros, españoles, medos, persas,
Gentes en traje y condicion diversas;

Las que del norte al sur el cielo cria,
Las que curte el arquero que deslumbra,
Las que al salir del agua clara y fria
Le ven que por su ecliptica se encumbra;
Las que ven en el mar hundirse el dia,
Triste porque su padre no le alumbra,
Las que Africa, Asia, Europa dan sustento,
Obedezcan al santo mandamiento.

Donde reconociendo el homenaje
A su señor y príncipe absoluto,
Pague el de estirpe noble ó vil linaje
Al imperio romano su tributo;
Su sujecion confiese y vasallaje,
Al que de nuestra paz nos cogió el fruto,
Al gran monarca, emperador inmenso,
Sin que ninguno usurpe el justo censo.

Y el que no pareciere en su persona
A ser empadronado como ordena
El edicto imperial que se pregona,
Cuya noticia en todo el mundo suena,
Siendo rebelde á la imperial corona
Por traidor y enemigo le condena,
Y aplicando la hacienda al sacro imperio
Le deja en su perpetuo cautiverio.

Mándase pregonar públicamente,
Porque alguno ignorancia no pretenda,
Pues quien se hallare ser inobediente
No habrá quien del castigo le defienda;
A nadie valdrá ser de ilustre gente,
Público oficio, dignidad ni hacienda,
Ninguno habrá que del rigor se esconda,
O traiga collar de oro ó ciña honda.

Tornó á sonar la resonante trompa
Y á responder el píforo y la caja,
Haciendo el aire se adelgace y rompa
Herido de la fuerza que le ultraja;
Luego con la debida regia pompa
El presidente al consistorio baja
Para fijar el general edito,
Que del Senado y César va suscrito.

Cual suele el arroyuelo que trepando
De Peña en Peña sin temor se arroja,
Ir entre blancas guijas murmurando,
De quien las ondas del cristal le enoja;
Y como suele Céforo volando
Susurrar blandamente entre la hoja
Del álamo acopado y olmo hojoso,
Haciendo un rumor blando y sonoroso;

Así un lento rumor el pueblo mueve,
Y en varios pareceres se aborota;
Cual á decir el suyo no se atreve,
Y la soberbia del edicto nota;
Cual con sereno rostro y alma leve
Dice que es justo, y que se pague vota,
Y cual el hombre encoge y ceja enarca
La vanidad mofando del monarca.

Cual aprieta los dientes y al sol mira,
Y del edicto con furor blasfema;
Cual por los ojos vierte furia é ira,
De la que el pecho recocido quema;
Cual por su libertad llora y suspira,
Que es justo que mayores daños tema,
Y cual mirando al suelo habla entre dientes,
Y llora esclavos ya sus descendientes.

Hácese de los viejos una muela
Mirando al rededor quien los escucha;
Susurra cada cual lo que recela
Del bando echado que en sus almas lucha;
Cual en su daño dice que es cautela,
Cual que es gran ambicion y fuerza mucha,
Cual dice que es soberbia y avaricia
Con sombra de bondad y de justicia.

Cual vuelve por Augusto Octaviano
Y dice que el edicto es cuerdo y justo,
Que pues los sujetó el valor romano
Pagnen el censo con contento y gusto;
Cual dice que el edicto es de tirano,
De rey inicuo, emperador injusto;
Uno replica y otro se aborota,
Y cada cual, cual le parece vota.

Los viejos graves de mayor prudencia,
Y los que Nazaret honra y respeta,
Por sus canas, sus letras y experiencia,
La furia amansan de la gente inquieta;
Y para huir de Roma la violencia,
Que al fuerte doma y al soberbio aprieta,
Decretan como sabios y discretos
Ganen amigos, pues están sujetos.

Lo que ha de hacer la fuerza hágalo el gusto,
De la necesidad virtud haciendo,
Que así será obligar al sacro Augusto,
Sus leyes y pragmáticas cumpliendo;
Que al vasallo no toca ver si es justo,
Mas tócale acudir obedeciendo
A lo que su señor manda y ordena,
O á no excusar la amenazada pena.

Cada cual dellós á su casa parte,
Y la jornada con temor previene
A la remota ó mas vecina parte,
A donde el tronco de su estirpe tiene;
Temen la furia del sangriento Marte
Que en el público bando envuelta viene,
Y por no cometer mayor delito
Quiéren obedecer al sacro edicto.

¡O caminos de Dios! ¡Cuán diferentes
Son de los que las gentes inventaron,
Pues yerran los caminos de las gentes,
Y los vuestros, Señor, nunca se erraron!
Venden unos hermanos inclementes
Al inocente justo que envidiaron,
Y es el camino el fraternal delito
Para que venga á ser virey de Egipto.

Va por el campo el rústico profeta,
Que lleva á los que siegan la comida,
Cógole el ángel cual veloz cometa,
Y dála al que la tiene merecida;
Dispara acaso un arco una saeta,
Y quita al cruel Acab la injusta vida;
Llevan á apedrear una inocente,
Y á los jueces apedrea la gente.

Del rey Asueró su mayor privado
Horca levanta para el noble hebreo,
Y siendo de ella infamemente ahorcado,
Queda libre y honrado Mardoqueo;
De las hinchadas olas azotado,
Entre la sucia brea y betun feo,
Llega Moisés guardado en el cestillo,
A ser del pueblo santo fiel caudillo.

Abre camino por el mar la vara
Para que pase salvo el pueblo amigo,
Y las murallas hechas de agua clara
Se desmantelan contra el enemigo;
Goza Absalon de su belleza rara,
Y es su belleza su mayor castigo;
A Judit da su amor el sirio fuerte,
Y trueca amor el arco con la muerte.

Manda César que el mundo se empadrone,
Pensando descubrir su fortaleza,
Y es que por instrumento Dios le pone
De su infalible é inmortal certeza;
Ordena Dios que el bando se pregone,
Porque Josef acuda á su cabeza,
A su patria Betlen, donde está escrito
Que ha de nacer estrecho el infinito.

De Ageo también está profetizado
Que Dios ha de mover todas las gentes
Antes que dellas venga el deseado,
Por edades y siglos diferentes;
Sirve á lo que por Dios está ordenado
Listar del mundo á todos los vivientes,
Siendo instrumento el helicoso Augusto
De lo que ordena el sumamente justo.

El virginal Josef que ya ha sabido
La obligacion en que el pregon le pone,
Triste, turbado y desapercibido
Al forzoso camino se dispone;
Y á la que en lazo conyugal le ha asido
El que ordena que el orbe se empadrone,
Le va á dar cuenta de su ausencia amarga,
Al alma triste y á los ojos larga.

Siente Josef de su atorada estrella
La ausencia triste y por su mal forzosa;
Siente la soledad la Esposa bella
Del que está unido á su bondad preciosa;
Muere Josef en apartarse della,
Ella en dejar su prenda venturosa,
Derrama perlas de los claros soles
Sobre sus encañados arrebotes.

Siente Josef que el alma se le arranca
Solo en imaginar de verse ausente,
Del jazmin casto y azucena blanca,
Que puso el cielo en la nevada frente;
La Virgen bella del tesoro franca,
Que vence á los aljófares de oriente,
Siente que el triste corazón se parte
Ea pensar que su amado se le aparte.

Teme Josef que el alma se despidiera
Del pecho helado si á su Esposa deja;
Ella teme perder la amada vida
Si su amado Josef della se aleja;
El llora triste la mortal partida,
Y de su dicha y del pregon se queja;
La Virgen llora imaginada ausente,
Del bien que estima y ama tiernamente.

Y dice: ¿mi Josef, ¿podré dejáros?
¿Podréis del alma vuestra desasiros?
¿Podré sufrir dejar de acompañaros?
¿Y vos sin vuestra Esposa podréis irós?

¿Sin vos qué gusto habrá que me dé gusto?
¿Con vos qué pena habrá que me dé pena?
¿Con vos qué pena me dará disgusto?
¿Y qué cosa sin vos podrá ser buena?

»Después del hijo que en el vientre encierro,
Gloria de Dios y su mayor tesoro,
¿Quién podrá consolarme en el destierro
Que amenazado solamente lloro?

»Si sois después de Dios mi mas amado,
Si sois después de Dios mi mas querido,
Si sois la vida de la que os la ha dado,
Y alma de quien la suya os ha ofrecido,

»El casto amor que con su lazo fuerte
Hizo de dos un alma y una vida,
Hizo tambien igual de ambos la suerte
Hasta que Atropos fiera la divida,

»Antes, virgen Josef, me determino
Con gusto vuestro y con licencia vuestra
De báculo servir en el camino
A vuestra ilustre venturosa diestra;

»¿Qué os puedo yo negar, amada mia,
Josef responde, y mas siendo consuelo
Vuestra divina y santa compañía,
Para pedirle por merced al cielo?

»Temi la muerte, y era de temella,
Pues me apartaba de mi amada vida;
Temi que el alma se volviera a vella,
Dejándome en mitad de la partida;

»Temi que el parto bienaventurado
Ausente vuestro Esposo, no os cogiera;
Temi dejar de hallarme a vuestro lado,
Adonde os regalara y os sirviera;

»Y agora temo, soberana Esposa,
De la preñez no vuestra pesadumbre,
Que es obra de la mano poderosa
Del que procede de una y otra lumbré;

»Mas temo del camino la jornada,
Que hay casi treinta leguas de aspereza
De Nazaret a la ciudad amada;
Donde está de mis padres la nobleza;

»Temo tambien el tiempo riguroso
Del erizado invierno y cierzo frio,
A cuyo soplo helado y enojoso
El campo se encanece y cuaja el rio;

»Temo faltarme el jumentillo rudo
Para llevar la venturosa carga,
Pues como á ocioso en casa, darle pudo
Aquesa mano limosnera y larga;

»Temo viendo que al parto deseado
El tiempo sacrosanto ya se llega
Para que salga al puerto el que embarcado
Há casi nueve meses que navega;

»Temo dejaros, y llevaros temo;
Dejaros y llevaros me da pena;
Temo no ver la luz en que me quemó,
Y temo ver la de su aljófar llena;

»Mas ¿qué puedo temer si veo, Señora,
Que vos gustais de hacerme compañía?
¿Qué teme el alma, qué mi miedo llora
De llevar mi dulcísima Maria?

»Connigo van sus ángeles de guarda,
El ciela va connigo, pues que llevo
El sol cubierto con la nube parda
Del grosero sayal del traje nuevo;

»Temi la muerte, y era de temella,
Pues me apartaba de mi amada vida;
Temi que el alma se volviera a vella,
Dejándome en mitad de la partida;

»Temi que el parto bienaventurado
Ausente vuestro Esposo, no os cogiera;
Temi dejar de hallarme a vuestro lado,
Adonde os regalara y os sirviera;

»Y agora temo, soberana Esposa,
De la preñez no vuestra pesadumbre,
Que es obra de la mano poderosa
Del que procede de una y otra lumbré;

Abriga á su adorada el noble Esposo
Contra el fiero rigor del tiempo helado,
Cubre con el cendal el rostro hermoso
Que ofende el hielo y á él ha enamorado;

»Temo tambien el tiempo riguroso
Del erizado invierno y cierzo frio,
A cuyo soplo helado y enojoso
El campo se encanece y cuaja el rio;

»Temo faltarme el jumentillo rudo
Para llevar la venturosa carga,
Pues como á ocioso en casa, darle pudo
Aquesa mano limosnera y larga;

»Temo viendo que al parto deseado
El tiempo sacrosanto ya se llega
Para que salga al puerto el que embarcado
Há casi nueve meses que navega;

»Temo dejaros, y llevaros temo;
Dejaros y llevaros me da pena;
Temo no ver la luz en que me quemó,
Y temo ver la de su aljófar llena;

»Mas ¿qué puedo temer si veo, Señora,
Que vos gustais de hacerme compañía?
¿Qué teme el alma, qué mi miedo llora
De llevar mi dulcísima Maria?

»Connigo van sus ángeles de guarda,
El ciela va connigo, pues que llevo
El sol cubierto con la nube parda
Del grosero sayal del traje nuevo;

»Temi la muerte, y era de temella,
Pues me apartaba de mi amada vida;
Temi que el alma se volviera a vella,
Dejándome en mitad de la partida;

»Temi que el parto bienaventurado
Ausente vuestro Esposo, no os cogiera;
Temi dejar de hallarme a vuestro lado,
Adonde os regalara y os sirviera;

»Y agora temo, soberana Esposa,
De la preñez no vuestra pesadumbre,
Que es obra de la mano poderosa
Del que procede de una y otra lumbré;

El vaquero Bootes desgrefiado
El desabrido ceño al mundo muestra,
Y gruñidor y mal condicionado
Vientos esparce con la tosea diestra;

»Temo tambien el tiempo riguroso
Del erizado invierno y cierzo frio,
A cuyo soplo helado y enojoso
El campo se encanece y cuaja el rio;

»Temo faltarme el jumentillo rudo
Para llevar la venturosa carga,
Pues como á ocioso en casa, darle pudo
Aquesa mano limosnera y larga;

»Temo viendo que al parto deseado
El tiempo sacrosanto ya se llega
Para que salga al puerto el que embarcado
Há casi nueve meses que navega;

»Temo dejaros, y llevaros temo;
Dejaros y llevaros me da pena;
Temo no ver la luz en que me quemó,
Y temo ver la de su aljófar llena;

»Mas ¿qué puedo temer si veo, Señora,
Que vos gustais de hacerme compañía?
¿Qué teme el alma, qué mi miedo llora
De llevar mi dulcísima Maria?

»Connigo van sus ángeles de guarda,
El ciela va connigo, pues que llevo
El sol cubierto con la nube parda
Del grosero sayal del traje nuevo;

»Temi la muerte, y era de temella,
Pues me apartaba de mi amada vida;
Temi que el alma se volviera a vella,
Dejándome en mitad de la partida;

»Temi que el parto bienaventurado
Ausente vuestro Esposo, no os cogiera;
Temi dejar de hallarme a vuestro lado,
Adonde os regalara y os sirviera;

»Y agora temo, soberana Esposa,
De la preñez no vuestra pesadumbre,
Que es obra de la mano poderosa
Del que procede de una y otra lumbré;

CANTO XIII.

Del camino hasta llegar á Bellem.

Trastorna el vernegal el tencro acuario
Escureciendo con su lluvia el dia;
El crespo Orion soberbio y temerario
La tierra asombra con su vista fria;

»Temi la muerte, y era de temella,
Pues me apartaba de mi amada vida;
Temi que el alma se volviera a vella,
Dejándome en mitad de la partida;

»Temi la muerte, y era de temella,
Pues me apartaba de mi amada vida;
Temi que el alma se volviera a vella,
Dejándome en mitad de la partida;

»Temi la muerte, y era de temella,
Pues me apartaba de mi amada vida;
Temi que el alma se volviera a vella,
Dejándome en mitad de la partida;